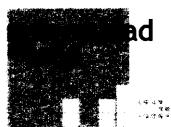


Las revistas como escuela de vida

Diálogos sobre el cómic adulto (1985-2005)

Julio A. Gracia Lana



eolas
ediciones

Índice

Desbandada • 71 • Antonio Altarriba

Cuando las revistas desaparecen • 73 • Julio Gracia Lana

Autores sin revistas • 25

Rambla, Interimagen y nuevos rumbos • 27 • Josep Maria Beà

Experimentación y creatividad • 43 • Laura

Keibol Black, *Rubber Flesh* o *Psychopathia Sexualis* • 59 • Miguel Ángel Martín

Tauromaquias y vistas urbanas • 73 • Montesol

Underground, lirios y muñecas • 87 • Nazario

Trazo de tiza y *Xabarán Club* • 99 • Miguelanxo Prado

De *El Víbora* y *Kiss Comix* a *El Faro* • 113 • Paco Roca

El papel de la mujer en el cómic adulto • 129 • Marika Vila

Del editor a la tienda de cómics • 145

Un referente en la capital, Madrid Cómics • 147 • Mario Ayuso / Bruto Pomeroy

Constancia y apuesta por el autor, La Cúpula • 161 • Emilio Bernárdez

Camaleón Ediciones y el *comic book* • 175 • Juan Carlos Gómez y Álex Samaranch

Una vida dedicada a la edición • 189 • Antonio Martín

Autoedición en tiempos difíciles • 203 • Max y Pere Joan

Dos ciudades del cómic, Barcelona y Valencia • 219 • Albert Mestres y Manuel Molero

De *Cairo* a *Complot* • 231 • Joan Navarro

Astiberri y la novela gráfica • 247 • Fernando Tarancón

Bibliografía • 261

Desbandada

ANTONIO ALTARRIBA

Se ha convertido en un tópico. El cómic es una forma de expresión mixta, híbrida, incluso, según algunos, bastarda. Numerosos estudios insisten en esta capacidad del medio para combinar, en cierta medida integrar, palabras e imágenes en un conjunto compacto y de muy diversificados recursos. Icono-escritural, verbo-visual, plástico-lingüístico... son algunas de las expresiones que pretenden dar cuenta de este carácter compuesto. La noción es fundamental, de alguna manera esencial, pero, seguramente, permite un mayor desarrollo del que ha tenido hasta ahora. Para empezar, se podría ponderar lo extraordinario del caso porque, si bien se mira (o si bien se lee) no hay medios puros. Y no hace falta recurrir a las evidencias del cine, el teatro o los videojuegos. Escribir también es dibujar y leer una manera de mirar. La letra tiene una dimensión caligráfica o tipográfica que la vincula con la estética antes que con la semántica. Para leer, primero vemos y sólo después entendemos. Y esta visualidad aún se puede reforzar con disposiciones textuales, hasta composiciones letrísticas que, aunque sea por alfabeto interpuesto, acercan la página al cuadro.

Así pues, antes de entregarnos su espíritu cargado de significado, las letras disponen de un cuerpo que, trazo a trazo, exhiben con mayor o menor indecencia. No es un fenómeno único en el ámbito de lo verbal. También el lenguaje oral va envuelto en una gestualidad visible que lo matiza, incluso lo contradice. Está comprobado que, cuando hablamos, la mayor parte de la información pasa por nuestro lenguaje corporal. Y, por supuesto, la pintura se construye buscando una legibilidad, convirtiendo las figuras en personajes y las formas en signo. Hasta la pintura abstracta, aunque deseche el relato, remite al concepto. De una manera o de otra, profundizando en sus códigos, toda comunicación es audiovisual.

El libro que Julio Gracia presenta aquí constituye una sutil exploración de ese carácter mixto del cómic, tan constantemente afirmado. Pero él lo hace de

manera original, en cualquier caso, inusual. Normalmente la mixtura narrativa de la viñeta se explica como un proceso de convergencias. Para empezar, se añaden unas gotas filactéricas a la imagen, los bocadillos. Se hierve la imagen en un caldo, más o menos espeso, de esquematismo expresivo. Luego se mete en el horno de la secuencialización y de la planificación. Y así, con mejor o peor gusto, sale una historieta preparada para ser servida, fría o caliente, en diversos soportes.

Pues bien, Julio Gracia lo hace al revés. Uno de los aspectos más interesantes del libro y que me gustaría destacar es que, en lugar de explorar, de forma más o menos teórica, el proceso de convergencia que hace del cómic un medio híbrido comprueba, de manera práctica, lo que ocurre cuando, por deflagración desastrosa, estos ingredientes se dispersan.

Para ello recurre a un momento clave de la historia de nuestros tebeos. Cuando, allá por los años noventa, las revistas de cómic desaparecieron, se llegó a hablar del final de una forma de expresión que había alcanzado su momento de esplendor, pero que debíamos resignarnos a enterrar. Muchos autores tuvieron que salir corriendo en busca de una nueva forma de creación al alcance de sus competencias. Una buena parte de ellos pasaron a la pintura, de la banda dibujada a la desbandada pintada, podríamos decir. Pero también hubo quien se recicló en la ilustración, el diseño, el cine, la literatura y hasta en la fotografía. Cada cual escogió, dentro del conglomerado historietístico, el componente que le pareció más adecuado o, quizá, más cercano. Así que, como escenario insólito, entre otros caminos, en este libro veremos algunas de las cosas que se pueden hacer con los pedazos cuando el cómic se rompe.

Ahí radica la fructífera peculiaridad del trabajo de Julio Gracia. No sólo da cuenta de una crisis que condicionó la evolución del cómic sino también de esos componentes constitutivos que, como restos de un naufragio, sirvieron para mantener a flote a sus creadores. Lo hace remangándose y haciendo un minucioso y apasionante trabajo de campo. Entrevista en profundidad a algunas de las figuras más representativas de aquella crisis que, para bien o para mal, algunos no superaron. De esa manera logra que la anécdota personal adquiera dimensión de categoría. Todo ello contado de manera amena, poniendo al descubierto las inquietudes de algunas de las figuras más importantes de nuestro cómic. No encontramos únicamente a autores, sino también a editores, libreros y demás agentes culturales que vivieron la crisis, creando de esta forma una visión amplísima del universo del cómic. Confidencial al tiempo que universal, el libro merece la pena. Pasen y lean. No tiene desperdicio. •

Cuando las revistas desaparecen

JULIO A. GRACIA LANA

«Escuela» de vida y aprendizaje

Muchas generaciones en todo el mundo tuvieron a las revistas como sus compañeras inseparables de compra y lectura cada semana o todos los meses. Permitían el acceso a un universo ajeno a la realidad, pleno en cromatismo y con distintas narraciones que dejaban siempre la miel en los labios con su perenne «continuará». En este formato ha nacido, crecido y (a veces) muerto, una retahíla inigualable de personajes que configuran una parte indispensable del universo cultural contemporáneo. Los editores interrogaban con encuestas o sondeaban las cartas de los lectores para descubrir cuál de ellos había gustado más o con qué tipo de dibujo se identificaban. Periódicamente conseguían un *feedback* que cuestionaba la orientación o el impacto de aquello que publicaban. Las revistas significaron además muchas veces para los autores la posibilidad de vivir de su trabajo, de una forma u otra, con cambios significativos entre un sistema de amplios estudios con un horario «de oficina» en los años cincuenta, hasta la producción más solitaria e introspectiva en el tablero desplegado en la propia casa a finales de los ochenta.

El *boom* del cómic adulto que nació al abrigo de la Transición, eclosionó en la década de consolidación de la democracia y languideció en los últimos diez años del siglo XX, fue quizás uno de los últimos momentos (no sabemos si el definitivo) en que el formato revista en España fue un verdadero fenómeno masivo. Abrió nuevos mundos a los lectores cada semana en los quioscos por unas pesetas y permitió el desarrollo de personajes como Anarcoma o Gustavo, creados respectivamente por Nazario y Francesc Capdevila (Max). Toutain, Norma o La Cúpula pudieron recibir tanto aclamaciones como críticas (cuando no ambas al mismo tiempo), por algunas de las páginas publicadas en sus

cabeceras y, también, fue quizás el último momento en el que los autores se encontraron vinculados a un sistema de producción en cuyo centro se encontraba el magacín periódico.

Las publicaciones actuaron como verdadera «escuela» de vida y aprendizaje, en palabras de Max¹ y sirvieron como base principal a los creadores para la difusión de sus historias, como vehículo que les permitía formarse y experimentar, manteniendo un diálogo tanto con lectores como con editores. Además, gracias a ellas podían aprender unos de otros: la progresiva traducción de sus obras a otras lenguas y la propia circulación del material, hacía que les llegara también la producción de historietistas extranjeros, ampliando todavía más las referencias y el ámbito de aprendizaje. Este llegaba hasta el punto de permitir la experimentación gráfica y narrativa a través de la publicación de historias cortas que, en muchas ocasiones, sólo buscaban tomar el pulso a lectores, editores o a las capacidades del propio autor. Es decir, dentro de los corsés que el editor y el género trabajado permitían, las revistas otorgaron una amplia libertad a muchos guionistas y dibujantes. El proceso formativo se traducía asimismo en una mayor visibilidad para su obra, tanto entre editores como entre el público, lo que aumentaba las posibilidades de seguir realizándola.

Pero el aprendizaje mutuo y continuo, la posibilidad de experimentación y libertad creativa o la visibilidad fueron solo algunas de las ventajas que tuvieron las revistas. A nivel económico, proporcionaron a los creativos unos ingresos relativamente estables. Se producían en base al número de páginas y a si estas eran en blanco y negro, en color o se trataban de trabajos para ilustrar un sumario, una portada u otro tipo de material especial. Los pagos variaban en función de la historia y, especialmente, del autor y su trayectoria. Es decir, de su prestigio y capacidad para atraer lectores potenciales.

Con la desaparición progresiva de las revistas que formaban parte del *boom* todo lo anterior se transformó, constituyéndose un sistema distinto que tuvo, entre otras bases, los cambios en el modelo de edición o el auge de las tiendas especializadas, muchas de ellas surgidas originalmente al abrigo de la propia explosión del cómic adulto en los ochenta. Con el presente libro, buscamos adentrarnos en ese cambio, planteando diferentes prismas en función de las distintas voces que lo vivieron, para configurar una visión poliédrica, de conjunto.

Como definiremos más adelante, constituimos dos fechas que sirven para delimitar el progresivo decaimiento del formato revista, cuando este ya daba

1 Max en CARBALLO, E., «Las revistas de cómic de los 80 eran medio de vida y escuela y las echo de menos», La Coruña, *La Opinión A Coruña*, 11-II-2015, <http://ocio.laopinioncoruna.es/agenda/noticias/nws-387825-las-revistas-comic-80-eran-medio-vida-escuela-echo-menos.html> (fecha de consulta: 20-I-2019).